
¿Qué opina usted de Michael Jackson?

El Capitán EO en el contexto mexicano de 1980

DOI: <https://doi.org/10.32870/cl.v2i33.8128>

Recepción

17 | abril | 2025

Pedro Antonio Lucas Sandoval^{*}

ORCID: 0009-0005-7429-4464

Universidad de Guadalajara, México

Aceptación

27 | mayo | 2025

Ximena De Los Ángeles Ramírez Hernández^{2}**

ORCID: 0009-0009-7737-1591

Universidad de Guadalajara, México

Resumen

Este artículo analiza el fenómeno cultural de Michael Jackson desde una perspectiva crítica, tomando como eje los ensayos de *Jacksonismo* compilados por Mark Fisher. Se estudia cómo la figura del artista se vincula con el auge del neoliberalismo en las décadas de 1980 y 1990, así como con el imperialismo cultural promovido por la industria del espectáculo estadounidense. A través del análisis del contexto político, la evolución del pop, el rol del simulacro y la expansión global de su imagen, se argumenta que Jackson encarnó los valores de la ideología neoliberal: individualismo, consumo, homogeneización cultural y borramiento del conflicto social. El trabajo también recupera reacciones del público mexicano para explorar cómo se recibe críticamente este fenómeno en América Latina. En conjunto, se evidencia que la cultura pop opera como un dispositivo de poder simbólico que disfraza intereses geopolíticos bajo el discurso de la universalidad y el entretenimiento.

Palabras clave: Crisis venezolana, Sistema complejo, Dependencia, Democracia, Hegemonía

^{*}Estudiante en la licenciatura de sociología enfocado en temas relacionados a la teoría crítica y estudios latinoamericanos.
Contacto: lucas42sandoval@gmail.com

^{**}Estudiante de la licenciatura de sociología enfocada en temas de género, teoría cuir, cultura y estudios latinoamericanos.
Contacto: ximena.ramirez6222@alumnos.udg.mx

Lucas, P. & Ramírez, X.

What Do You Think of Michael Jackson? Captain EO in the Mexican Context of the 1980s

Abstract

This article offers a critical analysis of the cultural phenomenon of Michael Jackson, drawing on the essays compiled in *Jacksonism*, edited by Mark Fisher. It examines how Jackson's global image and musical production reflect the rise of neoliberalism during the 1980s and 1990s, alongside the expansion of U.S. cultural imperialism through the entertainment industry. By addressing the political context, the emergence of pop music, the role of simulacra, and the global dissemination of Jackson's persona, the article argues that he embodied neoliberal values such as individualism, consumerism, cultural homogenization, and the erasure of social conflict. It also integrates responses from Mexican audiences to explore how this cultural export is critically perceived in Latin America. Overall, the study reveals how pop culture operates as a symbolic apparatus of power, masking geopolitical interests beneath the discourse of universality and entertainment.

Keywords: Sociology, pop culture, globalization, neoliberalism, Latin America

Introducción

El presente trabajo tiene como objetivo analizar el surgimiento de la cultura pop en la década de los años ochenta, a partir del fenómeno global que representó la música y el estrellato de Michael Jackson. Se busca establecer una conexión entre este fenómeno y el contexto político y económico global que posibilitó su emergencia, así como examinar el papel que desempeñó la expansión de esta cultura en su instalación e influencia en países del llamado “Tercer Mundo”, como México.

Para ello, se recuperan y analizan diversos textos incluidos en la compilación *Jacksonismo*, de Mark Fisher, en los cuales se reflexiona sobre la evolución de la música como un espejo del clima político de cada época. En particular, se observa una transición desde las expresiones contraculturales de las décadas de los sesenta y setenta hacia una producción musical más bailable y comercial en los años ochenta, caracterizada por una fuerte carga ideológica. En este periodo, la industria del espectáculo adquiere un papel central como vehículo de transmisión de discursos que promueven los ideales del neoliberalismo y la globalización. Estos discursos, envueltos en una estética de unidad, diversidad y progreso, apuntan en realidad a un proceso de homogeneización cultural que favorece la expansión de los intereses económicos y políticos del imperialismo estadounidense.

En este sentido, el fenómeno Michael Jackson no puede leerse únicamente desde la perspectiva del entretenimiento o la innovación musical, sino como parte de una estrategia más amplia de exportación cultural. La imagen y el mensaje asociados a Jackson encarnan un “humanismo” globalizante que, bajo la máscara de la modernización y la democratización, refuerza dinámicas de poder centradas en la dominación cultural.

Para ilustrar estos planteamientos, se incluye el análisis de fragmentos de la entrevista *¿Qué piensas de Michael Jackson?* (1984), realizada por reporteros de Televisa a transeúntes mexicanos. En ella se manifiestan opiniones diversas, algunas de las cuales reconocen explícitamente el carácter ideológico de su figura pública y su papel como representante simbólico de una cultura norteamericana que, mediante el espectáculo, busca expandirse y consolidarse en el

imaginario del Tercer Mundo.

Contexto político 1970–1980

Thriller representó un momento muy cargado emocionalmente, y fue extremadamente intenso. Ronald Reagan era presidente, era el inicio de la (contra)revolución neoliberal. (...) la hipermercantilización y la hiperfinanciarización (...) se volvieron dominantes en los años que siguieron; el reino del cinismo universal y las estrategias de marketing. (Fisher, 2022/2014)

Nuestro análisis se centra en el final de la década de los ochenta, un periodo marcado por la caída del socialismo real y el inicio de una nueva era neoliberal. Durante este tiempo, se consolidaron profundas transformaciones en las estructuras económicas y políticas globales, lo cual impactó directamente en la producción cultural y en la forma en que el entretenimiento comenzó a funcionar como instrumento de difusión ideológica.

En contraste con los años sesenta, caracterizados por una efervescencia de movimientos sociales y contraculturales, especialmente entre la juventud, las décadas siguientes asistieron a un progresivo desvanecimiento de la dimensión crítica de la cultura popular. En palabras de Fisher:

Los setenta significaron la democratización, o generalización (al menos, en países ricos como los Estados Unidos) de lo que había sido ‘contracultural’ en la década del sesenta. Lo que solía ser ‘nosotros versus ellos’ se había vuelto común para todo el mundo. (Fisher, 2022/2014)

Este cambio se vio reflejado en la forma en que la cultura visual y musical comenzó a ser utilizada como medio de resignificación del poder. Fisher ilustra esta transformación al describir el uso simbólico del espacio público en la Europa poscomunista, cuando figuras como Michael Jackson reemplazan monumentos ideológicos previos:

Varios colosos de fibra de vidrio fueron ubicados en locaciones estratégicas, incluyendo, la más contundente de todas, una estatua de unos doce metros de altura ubicada en Praga, sobre el pedestal vacante donde alguna vez se erigió la estatua más grande de Europa: una obra del monumental escultor Otakar Švec que retrataba a Stalin con el pueblo checo lealmente detrás de él. El sitio había estado vacío desde los sesenta y ahora lo ocupa un metrónomo gigante. Era el lugar perfecto para que Jackson señalara de forma abrumadora e inequívoca quiénes eran los nuevos déspotas en la Europa post-comunista. (Fisher, 2022/2014)

Este uso simbólico del espacio refleja no solo una transformación política, sino también una reconfiguración de los íconos culturales. En este contexto, el fenómeno del *Jacksonismo* emerge como síntoma y motor de los cambios que atravesaban la cultura pop. En 1979, con el lanzamiento de *Off the Wall*, Jackson marca el inicio de una nueva etapa. Como sugiere el título del álbum, se apunta hacia lo excéntrico, lo innovador, lo fuera de lo común. Este disco no solo fue un éxito comercial en Estados Unidos y Reino Unido, sino que también sentó las bases de una nueva forma de entender la música pop afroamericana, orientada cada vez más hacia el mercado global.

(...) No por casualidad, las tres grandes estrellas de los ochenta Michael Jackson, Prince y Madonna se concen-

Lucas, P. & Ramírez, X.

traron en la música orientada al baile (...). (Fisher, 2022/2014)

Sin embargo, Fisher advierte que el papel de Jackson no puede confundirse con el de un innovador musical en términos estrictos. Su aportación reside más bien en su habilidad para interpretar y capitalizar los deseos del mercado, convirtiéndose en una figura global que encarnaba las aspiraciones comerciales e ideológicas del momento:

Jackson no fue un innovador. No influyó en el desarrollo de la música pop afroamericana como hicieron James Brown, Stevie Wonder, Sly Stone, Jimi Hendrix, o Prince. Lo que Michael Jackson poseía era una visión de lo que podía ser un entertainer afroamericano; de Berry Gordy tomó la idea de confeccionar un pop negro para adolescentes blancos y hacerlo global: una estrella híbrida rutilante que empujaría incluso a Elvis Presley. (Fisher, 2022/2014)

Los años entre 1984 y 1988 consolidaron esta visión. La industria musical alcanzó un auge sin precedentes gracias al surgimiento de nuevos medios de difusión como MTV, que transformaron la forma de consumir y producir música. La imagen se volvió tan importante como el sonido, y la lógica del videoclip dominó el panorama cultural:

Fueron los años 1984-1988 los que realmente dejaron la marca de agua del thatcherismo, de la autoridad moral de Reagan sobre el escenario mundial, de MTV en su formato original de interminables videoclips uno tras otro, que parecían corroborar todas las profecías posmodernas sobre la ausencia de narración, personalidad o documentación. Este fue el mejor período de la historia para las discográficas y para aquellos artistas que podían usar los medios masivos de comunicación para venderse. Fue la edad dorada del ‘pop’ (...). (Fisher, 2022/2014)

En suma, esta sección plantea que la escena cultural y musical —lejos de existir en un vacío— es reflejo directo del clima político mundial y del devenir histórico de las décadas previas. En el caso de los años ochenta, los cambios políticos y económicos derivados del ascenso del neoliberalismo crearon las condiciones para que la cultura pop adquiriera una dimensión global, y figuras como Michael Jackson se convirtieran no solo en íconos del entretenimiento, sino también en vehículos de difusión de los valores e intereses del poder hegemónico.

La emergencia del pop como reflejo de la cultura neoliberal

Volviendo a los tempranos años noventa (...) el colapso del cuerpo y la salud de Jackson me parecía alusivo al desastroso deterioro de la sociedad post-soviética. En los últimos años de la década de los ochenta se había proclamado que el fin del comunismo marcaba ‘el fin de la historia’, que las revoluciones en Europa Oriental llevarían a una nueva edad de democracia liberal y cómodo consumismo para todas las personas en el mundo. Si había una figura que representara –globalmente– la cultura universal que estaba por llegar, era la figura eternamente joven, aparentemente inmortal y que desafiaba la gravedad, de ese Michael Jackson de la época Thriller–Bad–Pepsi. (Fisher, 2022/2014)

A partir de esta reflexión, se hace evidente que Michael Jackson no puede entenderse simplemente como un ícono del

espectáculo, sino como un símbolo de las aspiraciones ideológicas del neoliberalismo en su etapa más expansiva. Su imagen —joven, andrógina, aparentemente eterna— funcionaba como representación de un modelo universalista que pretendía dejar atrás las categorías históricas de raza, clase y nación.

Fuera de la historia, fuera de cualquier categoría de raza, género o clase, Jackson era al mismo tiempo el ‘todos’ y el ‘nadie’ del liberalismo; la (des)encarnación del sueño que se le prometía a las personas del antiguo régimen soviético: el individuo liberado de todos sus vínculos hacia la comunidad y la historia, libre para moverse a través de la superficie de la Tierra como si se desplazara sobre la pantalla de un enorme televisor. La caída de sus sociedades en un brutal capitalismo lleno de gánsteres parecía aludir, de alguna forma, a la degeneración de Jackson como figura pública y real, mientras la nefasta realidad del precio del capitalismo golpeaba los hogares en ambos países. (Fisher, 2022/2014)

Esta lectura no es menor: revela cómo la figura de Jackson encarna tensiones fundamentales de la modernidad tardía. Su ascenso y progresiva descomposición física y simbólica funcionan como una alegoría de la promesa neoliberal, primero brillante y luego disfuncional, contradictoria, y profundamente alienante.

En este apartado se examinan tres dimensiones centrales del fenómeno pop bajo el neoliberalismo: la asimilación de la contracultura, la lógica del consumo y el simulacro, y la universalización de referentes culturales como estrategia de dominación simbólica global.

a) Asimilación de la contracultura

“Es algo muy comercial, o sea, su música no dice nada, o sea, nada más sirve para bailar y ya, yo creo.” (Archivo N+, 1984)

La cultura pop de los años ochenta se caracteriza por la absorción de las formas contraculturales de las décadas anteriores, vaciándolas de su potencia crítica. La rebeldía, el inconformismo o la disidencia juvenil que marcaron los sesenta y setenta, se transformaron en productos aptos para el consumo masivo. El sistema neoliberal asimila los lenguajes de oposición, los neutraliza y los convierte en mercancía.

Así, lo que en un inicio funcionaba como crítica al sistema capitalista se diluye en un discurso “humanista”, desprovisto de conflicto real. En el caso de Jackson, esto se manifiesta en una estética que apela a la unidad global, pero sin referencias concretas a las causas de la desigualdad. El pop, como forma estética, deviene así en un espacio de neutralización política, donde la música deja de ser vehículo de denuncia para convertirse en entretenimiento global.

b) Consumo, publicidad y simulacro

“–(...) Desgraciadamente está muy como, como te diría, (...) está creado a base de publicidad y esto ha hecho de él, pues quizás que ya no sea un agente (...) sino como una coca-cola, ¿no? porque todo a su alrededor está este hecho de publicidad para venderlo (...) ya como un objeto. Quizás hasta, no sé, como ser humano ya no esté tan real.” (Archivo N+, 1984)

Lucas, P. & Ramírez, X.

El neoliberalismo no sólo produce mercancías, sino también identidades, imágenes y celebridades. Jackson deviene producto: un objeto cuidadosamente diseñado para ser comercializado globalmente. Como señala un entrevistado, su figura ya no es la de un ser humano, sino la de una marca. La excesiva mediatización genera un extrañamiento respecto a su humanidad.

Real, irreal, esa capacidad de comunicar que algo no es real por falta de aproximación a lo real, es extraño como ahora asimilamos lo ideal, cuando no hace mucho tiempo existía la extrañeza en aquello que estaba lejos de las posibilidades de ese entonces. Así pasó con Michael Jackson, un día en el que su muerte se volvió más irreal que la misma noción de estar presente, una extrañeza de que parte de la realidad permanecía y permanece vacía por aquella quizás costumbre de tener siempre a un Michael Jackson en cada parte.

El fenómeno descrito encuentra una explicación teórica en la noción de *simulacro*, desarrollada por Jean Baudrillard, y retomada por Fisher:

Para decirlo de un modo simple, fui poderosamente poseído por la sensación de que una de las cosas a la que nos referimos cuando decimos que un objeto o una persona es ‘real’ es que existe al menos un cierto límite a la cantidad de veces que podemos ver su imagen reproducida a diario; de que hay una cantidad puntual de veces en que una persona puede aparecer reproducida en público antes de perder su condición ‘real’. La realidad de Michael Jackson parecía haber sido no solamente distorsionada, sino devastada, ahogada en el océano de sus imágenes. (Fisher, 2022/2014)

El simulacro —imagen sin referente— define la nueva era de la representación. Ya no se trata de imitar la realidad, sino de sustituirla. Jackson es, así, la imagen de sí mismo repetida hasta la saturación, vaciada de sustancia.

El simulacro no es un concepto inventado por Baudrillard (...) fue él quien popularizó una acepción apocalíptica durante los ochenta con la insistencia de que toda la cultura contemporánea estaba (...) compuesta de simulacros, puesto que la ‘hiperrealidad’ había desplazado al antiguo mundo de referentes reales y de esas formas representacionales. En la hiperrealidad, ya no existen los objetos reales y las representaciones de objetos reales: hay solamente simulacros. (Fisher, 2022/2014). “Cuando ves un árbol en la calle, ya no se trata de un árbol real, debido a todos los árboles que has visto en la TV.” (Fisher, 2022/2014)

c) Globalización y universalización

“—Señorita, ¿Usted conoce a Michael Jackson?
—¿Conocer a Michael Jackson? Yo creo que todo mundo, ¿no? Es como conocer a Dios, casi.”
(Archivo N+, 1984)

El alcance global de la figura de Jackson evidencia la eficacia del aparato mediático y comercial estadounidense. Su

imagen penetra todas las culturas, se instala en imaginarios dispares, y genera un efecto de familiaridad incluso en contextos completamente ajenos a su origen. Este proceso no es neutral, sino funcional al proyecto de expansión cultural del neoliberalismo.

En los países del llamado “Tercer Mundo”, como México, la universalización de íconos del pop norteamericano operó como vehículo simbólico de la modernización capitalista. Las políticas neoliberales impuestas en los años setenta y ochenta —a menudo mediante violencia y represión— se vieron acompañadas de un paquete cultural: la idea de progreso asociada al consumo, la individualidad, y el espectáculo.

La difusión global de Michael Jackson y la música pop no puede dissociarse del poder estructural que permitía su circulación. Así como las reformas económicas se imponían desde centros de poder económico mundial, también lo hacían las narrativas culturales. De este modo, el pop se convierte en un lenguaje común impuesto, y Jackson, en su máximo exponente, es símbolo y síntoma de la era neoliberal.

La industria cultural: la utilidad política del espectáculo

Tal vez haya sido Elvis el único que logró instalarse en el cuerpo y los sueños de prácticamente cada ser humano con el mismo grado que Jackson, tanto en el nivel microscópico del goce como en la dimensión macro de los complejos de ‘memes’ del espectáculo. (Fisher, 2022/2014)

La figura de Michael Jackson, al igual que la de Elvis, representa un nodo central de la cultura del espectáculo. En este sentido, su importancia no radica exclusivamente en sus capacidades artísticas, sino en su funcionalidad dentro del entramado político y económico del capitalismo tardío. La industria cultural encuentra en estas figuras un instrumento eficaz para consolidar ideologías hegemónicas por medio de la repetición simbólica y la seducción mediática.

Este era el mundo en el cual Ronald Reagan —su figura política indisoluble de su rol en la pantalla como cowboy— podía jactarse de estar liberando a los americanos de la ‘carga’ del gobierno, incluso cuando dejó el presupuesto federal por los suelos y condenó a una generación entera de habitantes urbanos pobres a tener expectativas de vida peores que las de sus abuelos. Este era el mundo del tour de Bad, un mundo para cuya existencia había contribuido Thriller en la misma medida que las primeras victorias electorales de Thatcher y Reagan. (Fisher, 2022/2014)

Como señala Fisher, la política del espectáculo no es ajena a los procesos históricos de neoliberalización: se entrelaza con ellos, los fortalece y los disfraz. Así como Reagan ascendió desde Hollywood hasta la Casa Blanca, figuras como Jackson fungieron como embajadores simbólicos de un nuevo orden político-económico disfrazado de entretenimiento.

La presencia constante de estas imágenes en los medios masivos logra insertarse en el inconsciente colectivo global. Este proceso no es ingenuo ni inocente: el espectáculo se reproduce con una intencionalidad ideológica clara, promoviendo una homogeneización de valores, estéticas y aspiraciones que favorecen los intereses del capital transnacional.

El espectáculo, entonces, no debe entenderse como un fenómeno separado de la política internacional. Por el

Lucas, P. & Ramírez, X.

contrario, forma parte de su lógica de funcionamiento: desde la normalización de liderazgos performáticos hasta la validación simbólica de políticas neoliberales a través de figuras populares como Michael Jackson.

Jackson conoce a los Reagan. El 14 de mayo de 1984, Michael Jackson visitó la Casa Blanca vestido con las clásicas insignias jacksonianas de principios de los ochenta: chaqueta militar azul estilo Sargent Pepper con ribetes dorados, medias con lentejuelas, anteojos de sol y un guante de lentejuelas en una sola mano. (Fisher, 2022/2014)

Este episodio, en apariencia anecdótico, evidencia el cruce explícito entre industria del espectáculo y política. La imagen de Jackson en la Casa Blanca actúa como forma de legitimación mutua: el artista obtiene prestigio institucional, y el gobierno se presenta como moderno, inclusivo y culturalmente relevante.

A continuación, se desarrollan tres funciones políticas del espectáculo que se observan en la figura y obra de Jackson: la **universalización e imperialismo**, la **instrumentalización del humanismo por medio de las ONGs** y, finalmente, la **militarización simbólica del discurso de salvación**.

a) Universalización e imperialismo

“Se presenta el fenómeno Jackson como ‘un acontecimiento en el que la música pop cruza fronteras políticas, económicas, geográficas y raciales’.” (Fisher, 2022/2014)

Esta pretendida universalización es, en realidad, una forma de imperialismo cultural. Bajo la apariencia de una cultura común para toda la humanidad, se impone un modelo estético, político y económico específico: el norteamericano. El borramiento de las diferencias no es equitativo, sino que favorece los intereses del poder hegemónico al suprimir identidades locales y narrativas alternativas.

La canción *Black or White* se convierte en un ejemplo paradigmático:

‘It don’t matter if you’re black or white’ no es solamente una declaración de universalismo liberal; en ese momento, es también el triunfo de la lógica político-sónica de Jackson (...). Y mientras el rap del interludio nos dice: ‘It’s not about races/ Just places/ Faces... I’m not going to spend my life being a color’, el sujeto aquí interpelado es uno cuya individualidad primaria es independiente (de su condición de raza). (Fisher, 2022/2014)

Esta lógica reduce la cuestión racial a un problema de elección individual, borrando las estructuras históricas de desigualdad. En vez de un llamado a la equidad, se plantea una indiferencia racial que, aunque aparentemente igualitaria, reproduce la negación del racismo como fenómeno sistémico.

Fisher identifica además cuatro implicaciones de este discurso:

1. Supone una **indiferencia real y efectiva** hacia la raza.
2. Niega el racismo como fuerza sociopolítica estructural.
3. Plantea la **raza como categoría incoherente**, inestable e indefinible.

4. Desplaza el conflicto estructural hacia la clase, ocultando la intersección entre raza y clase en la producción de desigualdad.

En suma, la cultura pop de los ochenta no trasciende los conflictos sociales: los neutraliza discursivamente. En nombre de la unidad, desactiva la crítica.

b) ONGs: *Captain EO* y la misión expansionista

“La película forma parte del largo período en que Michael dejó de hacer música para bailar y se puso a hacer música para convencernos –a nosotros, o quizás a él mismo– de que debíamos ‘curar al mundo’. Captain EO es importante porque arroja luz sobre el paralelo entre ese mensaje y la metafísica, la presencia cultural y la estructura de la ONG.” (Fisher, 2022/2014)

En *Captain EO*, se configura una narrativa de redención planetaria en manos de un héroe carismático. Esta estética no es accidental: responde al surgimiento de un nuevo imperialismo que ya no conquista con ejércitos, sino con discursos humanitarios. Las ONGs aparecen como mascarón de proa de este nuevo orden: promueven “soluciones” neoliberales a problemas estructurales generados por el mismo sistema que las financia.

Las ONG (...) eran la cara humanitaria de los proyectos imperiales. (...) Corría un inmenso flujo de dinero y poder militar, ampliamente responsable precisamente de los mismos problemas abordados por las ONG. Estas organizaciones se volvieron, a sabiendas o no, una táctica utilizada en un plan neoliberal más amplio de privatización y nuevo imperialismo. (Fisher, 2022/2014)

La cultura pop cumple un papel análogo. En el caso de *Captain EO*, la narrativa del héroe libertador que “lleva la luz” a mundos oprimidos resuena con los discursos de intervención occidental en países del Sur Global. Bajo una estética de ciencia ficción, se oculta una estructura narrativa colonial.

Captain EO es un manual básico para niños –oculto tras una máscara infantil– sobre los discursos y tendencias de ese imperialismo neoliberal (...). La narración comienza: ‘El cosmos. Un universo dividido entre el bien y el mal, en el que un pequeño grupo lucha por llevar libertad a los incontables mundos desesperados’. (Fisher, 2022/2014)

c) ¿Curar el mundo o militarizarlo?

“Al mismo tiempo que escribía esas efusiones horribles de sentimientos mesiánicos, donde le declaraba al mundo sus intenciones de ‘curarlo’, este coloso global se vestía como alguien que intentaba dominar al mundo de manera totalitaria.” (Fisher, 2022/2014)

La paradoja señalada por Fisher es central: el discurso de salvación, libertad y paz es simultáneo al despliegue de una maquinaria global de control y dominación. La misión de “curar el mundo” se convierte, en realidad, en una narrativa de justificación para la expansión cultural, económica y militar del poder hegemónico.

En este sentido, la cultura pop no sólo entretiene o distrae: actúa como medio de legitimación simbólica de los

Lucas, P. & Ramírez, X.

intereses de las potencias globales. Las ONG y los productos culturales que abanderan causas “humanitarias” no necesariamente desafían las estructuras de poder existentes. Más bien, con frecuencia las reproducen bajo un disfraz amable, que dificulta su cuestionamiento.

Conclusiones

—¿Usted qué opina de Michael Jackson?

—Bueno, que el tipo de música que ha estado entrando aquí para el Estado de México está bien así, porque se va modernizando, ahora vamos a estar agarrando un tipo de Estados Unidos más o menos, pienso yo que está bien así.

(*Archivo N+*, 1984)

La cita anterior expresa de manera sencilla una percepción recurrente en los países del Sur Global: la idea de que el contacto con expresiones culturales extranjeras —particularmente las provenientes de Estados Unidos— representa una forma de “modernización”. Esta visión es resultado de un complejo entramado histórico en el que los productos culturales han operado como vectores de valores, modelos económicos y aspiraciones individuales que responden a los intereses del poder hegemónico global.

A lo largo de este trabajo se ha planteado que las producciones culturales no emergen en un vacío social o político. Siguiendo los análisis de *Jacksonismo*, de Mark Fisher, se sostiene que la cultura pop, lejos de ser una esfera autónoma o neutral, constituye un terreno profundamente ideológico. En el caso de la hegemonía cultural estadounidense de los años ochenta, se evidencia una articulación entre cultura, economía y política que proyecta los ideales del neoliberalismo como deseables, universales y naturalizados.

Michael Jackson, en tanto figura global, no fue únicamente un artista exitoso, sino también un símbolo de este proceso de expansión cultural. Su obra, imagen y narrativa pública condensaron los valores del individualismo, el consumo, la universalización de la experiencia humana y la aparente superación de las diferencias raciales, de clase y nacionales. Sin embargo, como se ha discutido, esta universalidad tiene un costo: la supresión de lo específico, de lo local, de lo conflictivo. Lo que se presenta como unión global es, en muchos casos, un ejercicio de borramiento e imposición simbólica.

También se ha señalado el papel central que desempeñaron los medios de comunicación y la publicidad en este fenómeno. El surgimiento de canales como MTV y la consolidación de la cultura visual permitieron una rápida circulación de estos productos culturales, facilitando la instalación de una estética global asociada a los intereses del capitalismo transnacional. En este proceso, la contracultura de los años sesenta y setenta fue progresivamente absorbida, diluida y reconfigurada en formas más digeribles, desprovistas de su potencial disruptivo.

Una de las reflexiones más importantes que deja este análisis es que los productos culturales que consumimos diariamente no son inocentes ni neutrales: cumplen funciones de legitimación, normalización y aspiración. En el marco del neoliberalismo global, lo “popular” se convierte en una herramienta para consolidar modelos de vida centrados en el consumo, la competitividad y la autoexplotación, al tiempo que refuerzan jerarquías raciales y geopolíticas. El Norte se configura como centro de poder simbólico, mientras que el Sur —y, en particular, América Latina— queda relegado

al papel de consumidor pasivo o de mano de obra subordinada.

En este sentido, es crucial recuperar una mirada crítica sobre los contenidos que forman parte de nuestra cotidianidad. Michael Jackson, como fenómeno cultural, nos invita a reflexionar sobre la manera en que el entretenimiento puede funcionar como dispositivo ideológico. Frente a esto, resulta necesario recordar que ninguna narrativa es única ni absoluta: todo relato hegemónico convive con múltiples resistencias, disidencias y formas de resignificación.

En definitiva, el ejercicio crítico no debe estar reservado únicamente a la academia, sino que debería ser una herramienta al alcance de cualquier persona que, al enfrentarse a una producción cultural, se pregunte: ¿a qué intereses responde?, ¿qué valores promueve?, ¿qué realidades silencia?, ¿qué aspiraciones configura? Solo desde esa conciencia será posible abrir espacios para la pluralidad, la resistencia simbólica y la creación de nuevas formas de representar(nos) en el mundo.

Referencias

- Archivo N+. (2023, enero 31). *¿Qué opinas de Michael Jackson? (1984)* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=6sKWg-3s24k&t=8s>
- Fisher, M., García Fanlo, L., & Rinesi, E. (Comps.). (2014). *Jacksonismo: Michael Jackson como síntoma* (1.^a ed.). Buenos Aires: Tinta Limón.